

Reconciliación

Juan Vecchi – “Rasgos de Espiritualidad Salesiana”
Cap. IX

Introducción

Es imposible trazar la fisonomía de la nuestra y de cualquier otra espiritualidad apostólica, sin referirnos a los sacramentos.

En la pastoral todo es sacramento. La pastoral, en efecto, reclama una realidad invisible, que se puede percibir sólo a través de signos.

La existencia consagrada es para nosotros y para el mundo un “signo”, un sacramento. Procuramos testimoniar una realidad invisible mediante algunas opciones y formas de vida.

Además, como educadores, nos apoyamos en una dimensión muy profunda de la persona, que Don Bosco llamó “religión”. Esto es, la certeza de la presencia de Dios en la propia vida. Estamos, pues, como inmersos en una atmósfera sacramental.

Nos centraremos sobre uno de los sacramentos: **la Penitencia**. Ésta nos afecta de cerca en dos sentidos:

Como *discípulos de Cristo*: alrededor de la penitencia se agrupa un racimo de temas, fundamentales para la vida en el Espíritu, sin los cuales el Evangelio no es ni siquiera pensable: la conversión, el sentido del pecado, la reconciliación, la mortificación, la compunción (dolor por la ofensa de Dios), el “tomar la cruz”.

Como *educadores*: la reconciliación va unida a muchos aspectos de la maduración cristiana de los jóvenes, pero sobre todo a uno que es crucial: la formación de la conciencia.¹ De dicha formación dependen la conservación y el desarrollo de la fe. La fe encuentra confirmación y estímulo en una conciencia iluminada y recta; mientras se bloquea, desaparece, o queda marginada de la vida, cuando no se obra en conformidad con ella.

Los dos aspectos están en nosotros estrechamente unidos: si educar y evangelizar no es dar clases, sino comunicar una experiencia de vida, sólo el haber hecho nosotros mismos una experiencia de reconciliación nos puede hacer capaces de introducir a los jóvenes en este aspecto fundamental de la vida cristiana.

Esta relación queda expresada en un hermoso texto de San Pablo referido a la Iglesia: “El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo, sin pedirle cuenta de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado el mensaje de la reconciliación.... En nombre de Cristo, les pedimos que se reconcilien con Dios”.²

Las dos cosas van unidas: experiencia personal y servicio de reconciliación.

Nuestra meditación se centrará en cuatro puntos:

- ✓ Ser educadores-evangelizadores realistas.
- ✓ Ser personas reconciliadas con Dios y con la vida.
- ✓ Ser penitentes...con sencillez y alegría.
- ✓ Ser educadores y ministros de la reconciliación.

¹ CG 23, 182-191.

² 2 Cor. 5, 17-19.

1. Educadores con el sentido de la realidad

Tener el sentido de la realidad significa reconocer la presencia y las dimensiones del mal, saber que hay hechos que ponen en peligro la vida y que en el mundo se debe también resistir.

La madurez de juicio consiste precisamente en percibir las posibilidades que ofrecen la vida y los correspondientes peligros que pesan sobre ella. Captar sólo una de estas dimensiones es distorsión visual y, en el fondo, infantilismo.

Todo bien tiene su contrario, que se le opone en lo más profundo de nosotros y en el mundo que nos rodea: amor y odio, compromiso e indiferencia, rectitud y deslealtad... en el fondo, luz y tinieblas, vida y muerte.

Milicia, drama, lucha es la vida del hombre en la tierra. Nada hay más inmaduro como eliminar la idea de un posible fracaso. En la pedagogía de Don Bosco, “los novísimos”, “las máximas eternas”, recordaban esta condición “de peligro” de la persona humana.

En los últimos documentos de la Iglesia se señalan las macroconsecuencias del mal: la violación de la dignidad humana, la discriminación racial, social, religiosa, la prepotencia del poder político y económico, la violencia y las agresiones bélicas, la explotación de los pobres, la injusta distribución de la riqueza, la corrupción en la administración de los bienes comunes.

Nosotros descubrimos efectos semejantes en los jóvenes: el mal (evasiones, libertinaje, desinterés), destruye sus mejores energías. Así la existencia se disipa en lo efímero; la vitalidad se aplica a cosas sin valor, y muchos acaban en la alienación y en la desesperación.

Ser conscientes del poder destructivo del mal es tener el sentido del pecado.

Se ha dicho que “el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado” (Pío XII). Y por consiguiente: “Restablecer el sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual que afecta al hombre de nuestro tiempo”.³

Hay que decir que la formación de la conciencia y del sentido del pecado no se obtendrá con una predicación que simplemente denuncia y culpabiliza, sino con una educación en la fe más atenta a la dimensión ética.

En efecto, formar en el sentido del pecado comporta:

- Percibir el “mal moral” como destructor de la persona y de las relaciones, sean cuales sean las ventajas inmediatas que trae consigo: ¿por qué es malo?...; la vida como responsabilidad y misión, y no sólo como placer y derecho;
- Individuar el mal: qué es malo..., dónde está el límite entre el bien y el mal: liberalización, subjetivización, relativización...;
- Ponerlo en relación con la libertad y la responsabilidad personal: tendencia a disminuir la responsabilidad personal, o a colocar el mal fuera de la persona...;
- Comprender la referencia que nuestras actitudes y acciones tienen con la voluntad y el amor de Dios: dificultades del paso a la trascendencia...; sólo el creyente puede “pecar”...; todo ello se refiere a la relación con Dios.

³ JUAN PABLO II, *Reconciliatio et Paenitentia*, 18.

En efecto, el ambiente y la cultura en que estamos inmersos nos llevan casi sin darnos cuenta a sentir menos la presencia del mal y, por ende, a disminuir la vigilancia. Se ven los comportamientos más diversos y nadie se sorprende. Nos hemos habituado al hecho de que cada uno elija su moral, con tal de que no viole las normas de la convivencia y los derechos de los demás. Puede suceder que ni siquiera los religiosos se dejen impresionar por los comportamientos deformes y cuiden también muy poco una austera orientación moral.

Las causas son muchas:

- El juicio ético corriente está fundado muchas veces en razones inmediatas: el parecer de la mayoría que aparece en las estadísticas, las ventajas, la situación personal;
- El sentido de Dios es débil. Su imagen casi se ha borrado de la conciencia personal y social. Esto hace difícil pensar que nuestras acciones tienen algo que ver con su voluntad. Tratamos de no chocar con los vecinos y de no ofender a los que nos rodean. Los personajes invisibles o lejanos no determinan nuestros comportamientos.

El análisis de las culturas ha hecho ver cuánto dependen de ellas muchas normas que se creían absolutas: el sentido del pudor, el respeto de la autoridad, una cierta forma de matrimonio, la expresión de la sexualidad. Las ha relativizado, juzgándolas mudables y no obligatorias.

El estudio de los comportamientos humanos atribuye los “sentimientos de culpa” al tipo de personalidad, a la educación familiar, al ambiente social. Se subrayan más los condicionamientos y la necesidad de liberarse de ellos, que el reclamo a la responsabilidad de la persona.

Ha ido creándose una separación entre moral “privada” y moral “pública”. Esto no contribuye a sostener criterios morales. Muchas cosas se dejan ya a las opciones individuales: aborto, eutanasia, divorcio, homosexualidad, fecundación. Sobre todo esto, en ámbito social y también educativo, se da cabida a una sensibilización, pero ordinariamente se refiere sólo a los peligros y a las ventajas; no frece un fundamento ético sólido; y mucho menos con referencia trascendente.

Todo esto influye en los jóvenes como una nube tóxica. No hay que admirarse de que aparezca en ellos un conjunto de síntomas y reflejos de la cultura que respiran. Su formación moral resulta fragmentaria. Parece más un vestido de Arlequín que un cuadro dibujado con racionalidad.

Efectivamente, asumen criterios y normas de diversas fuentes: de la familia y escuela, de las revistas y TV, de los amigos, de la propia reflexión. La opción resulta dictada por preferencias subjetivas.

Se habla de sensibilidad de los jóvenes hacia nuevos valores. Pero es difícil lograr distinguir hasta qué punto esto constituye un compromiso, o un entretenimiento a corto plazo, una forma de estar juntos y de estimularse.

Puntos centrales de la sensibilidad moral actual son: la persona como valor determinantes y casi absoluto; la conciencia personal como norma última; la situación en que se encuentra como factor importante de la valoración moral.

En el mismo sentido, influye el ambiente sobre los adultos, religiosos y educadores, si la lectura atenta de la Palabra de Dios y el discernimiento no los mantiene vigilantes. Se puede ir perdiendo la sensibilidad. Pasamos así, como siguiendo la ley del péndulo, de una precedente mentalidad severa y acusadora a otras de signo opuesto, “alegre” y despreocupada; de haber visto pecado en todo, a no verlo ya en nada ni en nadie; de haber acentuado los castigos que el pecado merece, a presentar el amor de Dios sin responsabilidad por parte del hombre: la suerte de éste sería “igual”, sea cual fuera la respuesta que dé a su Señor. Pasamos de la severidad en corregir la conciencia errónea, a un respeto que no se preocupa siquiera de formarla; de los diez mandamientos aprendidos de memoria, a no enseñar ya una moral cristiana coherente.

Ser “cristianos adultos”, “verdaderos educadores de la fe”, evangelizadores realistas significa:

- No desconocer o disimular la presencia del mal, en la vida privada y social, y ser conscientes de sus capacidades destructivas;
- Saber individualarlo en sus raíces, iluminados por la Palabra de Dios, para llevar allá la regeneración;
- Saber que Cristo lo ha vencido; que nuestra incorporación a su muerte y a su resurrección nos indica, para superarlo también nosotros, su mismo camino: resistencia, vigilancia, lucha intelectual, moral, espiritual.

2. Profundamente reconciliados.

Son tales las personas que se interpelan y se dejan interpelar con serenidad, que no cierran los ojos sobre las propias actitudes y comportamientos, que perdonan con alegría y sienten que deben ser perdonadas, que hacen la experiencia de la paz con Dios, consigo mismo y con los hermanos. Así se libran del mal mediante el reconocimiento de la presencia de Dios en la propia pobreza y el esfuerzo de orientar la vida hacia Él.

En qué consiste esta experiencia nos lo dice San Pablo en un texto sobre el que podemos detenemos: “Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.⁴

“Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta mayor razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida”.⁵

“Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación”.⁶

El texto habla de paz, salvación, alegría y vida. Agregado a muchos otros que encontramos en la Escritura, se presta a muchos comentarios. Mencionaremos algunos (cuatro)

La reconciliación **es una iniciativa y un don de Dios**. En el Evangelio no es la persona, hombre o mujer, quien pide o desea el perdón, sino que es Jesús quien lo ofrece.

El camino de reconciliación no comienza nunca con la acusación de las culpas, sino con sentirse “persona” reconocidas, en una relación nueva e inesperada, que ilumina la vida y hace ver, al mismo tiempo, sus deformidades. Y, de este modo, Zaqueo descubre su pecado. Es Jesús quien mira hacia Zaqueo y se invita a ir a su casa. Es Jesús quien sale en defensa de la mujer adúltera. Es Jesús quien mira a Pedro, ya olvidado de su infidelidad.

En el origen del deseo de reconciliación se halla siempre el impacto de la palabra o de la persona que nos despierta de nuestro letargo en una existencia depauperada y nos llama de nuevo al ser.

Es preciso ir más allá de la mentalidad que se fija en las infracciones de los mandamientos, o en el incumplimiento de los propósitos, como en el elemento principal de la reconciliación. Es necesario, en cambio, ponerse frente a las propias relaciones con Dios: ver si Él cuenta para nosotros, si esperamos mucho de Él, si nos interesa mucho no perderlo. Tengo en la mente la imagen de los esposos. Cuando existe una relación de amor están contentos de reconocer los pequeños descuidos propios y de reconocer la generosidad de la pareja; están siempre

⁴ Rm. 5, 1.

⁵ Ib. 5, 10.

⁶ Ib. 5, 11.

dispuestos a recomponer las grandes diferencias. Cuando la relación de estima, amor y esperanzas recíprocas se ha agotado, resulta molesto y pesado excusarse de pequeñeces. La sola presencia o el pensamiento del otro se vuelven fastidiosos e insoportables.

Lo más importante para nosotros en lo que se refiere a nuestra persona o actividad pastoral es reconocer, gustar y proclamar la misericordia de Dios, y en concentrar la atención en Él, Padre de Jesús y nuestro. Es éste el tema central de la historia de la salvación. La misericordia de Dios recompone la historia que, de otra manera, se deshace; y restablece continuamente la alianza que solemos descuidar por nuestra debilidad y olvido.

El amor a Dios no proviene de nuestra perfección ética, pero está en su origen. Es don del Espíritu. No amamos a Dios porque somos buenos, sino viceversa.

Un segundo comentario. Lo que Dios obra en nosotros no es simple ni principalmente la eliminación de la culpa y de la pena, que nuestra inteligencia humana considera justas, sino que **nos da el espíritu, crea en nosotros una nueva realidad, nos abre un nuevo horizonte, nos da un corazón nuevo.**

No nos vuelve a colocar en la situación en que estábamos antes. ¿Qué interés podría tener para Él y para nosotros, haciéndonos como éramos antes de alguno de nuestros arrepentimientos? ¡En cambio, nos recrea como hijos suyos!

Lo maravilloso es que, debiendo nuestras malas acciones entregarnos a un futuro de perdición, Dios con la reconciliación no nos devuelve al punto de partida, sino que nos coloca en una nueva intimidad de alianza con Él. Hay que meditar mucho toda la escena del hijo pródigo.

La reconciliación no es, pues, el sacramento del pasado de la persona como si se tratase de un velo puesto sobre sus travesuras o sobre sus deseos de gozar. Es, en cambio, el sacramento de su "futuro", de las nuevas posibilidades, del espíritu nuevo, del proyecto para el porvenir.

La reconciliación **se difunde a través de la gracia recibida en todos los aspectos de la vida:** compone las tensiones que actúan dentro de la persona, dispone para una más tranquila acogida de Dios en la vida, abre la puerta a la tolerancia y educa para el perdón. Zaqueo, después de haberse reconciliado, está dispuesto a restituir más de lo que había robado.

Por eso, la experiencia de la reconciliación en el Evangelio es siempre de alegría y plenitud. Hay fiesta excesiva, con escándalo de las personas que se consideran buenas. Hay derrame de perfumes costosos con protestas de los ahorradores. Hay derroche de alimentos y hay invitaciones generales con queja de la gente seria.

Su contexto es siempre de alabanza y de acción de gracias. Esto reproduce lo que cantan repetidamente los salmos: "Den gracias al señor porque es bueno; porque es eterna su misericordia".⁷ "Bendice, alma mía, al Señor... Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades".⁸

La Palabra de Dios expresa bien la realidad de la reconciliación con una sinfonía de metáforas y analogías: gracia, nueva creación, regeneración, justificación, liberación. Una no niega ni se opone a la otra: cada una muestra un aspecto parcial de lo que la persona siente. No son definiciones científicas, ni descripciones de estados psicológicos, sino un esfuerzo por comunicar lo que sucede en la persona cuando descubre que tiene valor para Dios y es amada por Él.

⁷ Sal. 106 (105).

⁸ Sal. 103 (102).

La **gran mediación e instrumento de reconciliación fue y es la humanidad de Cristo**. Ella ha abatido todos los muros y las distancias entre Dios y los hombres. Con ella la comunicación de Dios con nosotros ha alcanzado los máximos niveles posibles. Supongo que sintiendo una expresión semejante, muchos de ustedes habrán pensado que se trata de una afirmación teológica, es decir, verdadera pero no práctica. En cambio, tiene aplicaciones extremadamente concretas en nuestra praxis y en nuestra vida.

Al deseo reconciliación se llega difícilmente, sin la experiencia humana de la acogida y del afecto. La mediación de la comunidad fraterna es indispensable. La praxis pastoral del Buen Pastor, pues, sugiere mostrar en primer lugar consideración, estima y escucha de las personas. Éste es el camino que lleva a revisar la propia vida y al deseo de cambio.

3. Penitentes.

Con razón distinguimos entre penitencia-sacramento, acción salvífica de Dios a través de la mediación de la Iglesia, y penitencia-virtud, es decir, la actitud interior de conversión, el compromiso ascético del dominio de sí, expiación y cambio que se prolonga en la vida y se practica todos los días.

Entre las dos debe haber un nexo, si no se quiere hacer del sacramento un gesto “sacro y mágico”, o de la vida un puro esfuerzo voluntarista, sin referencia a Dios y a su gracia.

La praxis antigua de la Iglesia tenía una regla: rigor en el sacramento que se ofrecía pocas veces; es más, una sola; y muchas oportunidades de penitencia también pública en la vida. El peligro de hoy es de signo contrario. Que nos habituemos al sacramento porque no hay límite en su “uso” y olvidemos llevar adelante una vida “penitente”.

Ahora bien, la dimensión penitencial es esencial para la madurez cristiana. Sin ella es imposible tanto el comienzo como el camino posterior de conversión: ésta consiste en asumir unas cosas y dejar muchas otras, optar y cortar, destruir cosas o costumbres viejas o inútiles y dejarse reconstruir. En tal sentido nos hablan las historias de Abrahán y de los apóstoles.

La penitencia-conversión es el mensaje inicial, el ejemplo principal y la recomendación constante de Jesús: “conviértanse y hagan penitencia”;⁹ “quien quiera venir detrás de mí, tome la cruz”.¹⁰ Por esto en la iglesia se asumirá, en forma pública, por personas y grupos, como un carisma especial. Su función se hará hacer “radical” la imitación de Jesús en este aspecto y recordarla a todo el pueblo de Dios.

La espiritualidad salesiana incorpora este aspecto según su propia vocación y estilo y propone itinerarios de penitencia.

El primero es el **trabajo**. No la simple ocupación del tiempo en cualquier actividad, sino la dedicación a la misión con todas las capacidades y a tiempo pleno. En este sentido, no comprende sólo el trabajo manual, sino también el intelectual y apostólico. Trabaja quien escribe, quien confiesa, quien predica, quien estudia.

La importancia que tiene el trabajo en nuestra vida se desprende fácilmente de dos hechos: su mención en el lema y las últimas palabras de Don Bosco: “¡Les recomiendo: trabajo, trabajo, trabajo!”¹¹ Pero tiene también un gran valor simbólico: el trabajo es manifestación de nuestra pobreza, es un rasgo de la clase popular a la dedicamos nuestros cuidados preferenciales, es el contenido principal de nuestros programas de educación en las escuelas profesionales y técnicas, es nuestra forma de inserción en la sociedad y en la cultura.

⁹ Mt. 4, 17.

¹⁰ Mt. 10, 38.

¹¹ MBe XVIII, 428.

Cuánta penitencia suponga se ve si se piensa en la preparación y en la actualización profesional que requiere, en los gustos personales que hay que controlar, en la resistencia a la fatiga.

Debajo se encuentra una motivación espiritual: el salesiano/a sabe “que con su trabajo participa en la acción creadora de Dios y coopera con Cristo en la construcción del Reino”.¹²

El segundo itinerario es la **templanza**: aquella virtud cardinal que modera los impulsos, las palabras y los actos según la razón y las exigencias de la vida cristiana. Alrededor de ella giran la continencia, la humildad, la sobriedad, la sencillez, la austeridad. En el Sistema Preventivo las mismas realidades están incluidas en la razón. Sus manifestaciones en la vida cotidiana son: el equilibrio, es decir, la mesura en todo, una conveniente disciplina, la capacidad de colaboración, la calma interior y exterior, una relación con todos, pero especialmente con los jóvenes, serena y digna de estima.

Templanza es, sobre todo, “estado atlético” permanente para cualquier necesidad a favor de los jóvenes; hacerse y mantenerse libres de ataduras demasiado condicionantes, del peso de los gustos y exigencias personales que crean dependencias: “un atleta se impone toda clase de privaciones; ellos, para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita. Por eso corro yo, pero no al azar; peleo, pero no contra el aire...”.¹³

El tercer camino penitencial es el **amor fraterno**,¹⁴ sobre el cual decimos solo una palabra. El amor fraterno implica dominio de sí, esfuerzo de atención, control de los sentimientos espontáneos, superación de conflictos, comprensión de los sufrimientos de los demás. Es todo un ejercicio de salir de sí mismos y cambiar la propia orientación.

Para nosotros está también el compromiso de demostrarlo en forma comprensible: un afecto que sabe provocar correspondencia por el bien del otro.

4. Educadores y ministros de la penitencia.

Hemos oído decir muchas veces que, según Don Bosco, la Reconciliación y la Eucaristía son las columnas de la educación. Tal vez no nos hemos detenido a meditar el significado completo de esta afirmación. La hemos tomado como sugerencia de mantener prácticas religiosas más bien que como la recomendación de una experiencia educativa múltiple y compleja.

Ciertamente se encuentran en la vida de Don Bosco expresiones que muestran la importancia que él atribuía al sacramento. En cada una de las tres biografías ejemplares (Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besuccho), hay un capítulo que habla de la confesión. En la de Domingo Savio, que es la primera en orden de tiempo, el capítulo trata juntamente de los dos sacramentos, Penitencia y Eucaristía. En cambio, en la de Miguel Magone hay dos capítulos, el cuarto y el quinto, dedicados sólo a la confesión. Bajo forma biográfica, Don Bosco propone una pedagogía para ayudar al joven a superar las propias tendencias deteriorantes, a crecer en humanidad y a orientarse a Dios mediante la penitencia.

Un estudioso de Don Bosco, Don Alberto Caviglia, sostiene que el capítulo quinto de tal biografía es uno de los escritos pedagógicos más importantes de Don Bosco, un documento insigne de su magisterio espiritual.

¹² Const. SDB 18.

¹³ 1 Cor. 9, 25-27.

¹⁴ Const. SDB 90.

Existe, además, una fotografía muy difundida ya durante la vida de Don Bosco y que dio la vuelta al mundo después de su muerte. En ella Don Bosco posa mientras confiesa a los jóvenes. El muchacho Pablo Álbera apoya la cabeza en la de Don Bosco, como para hacer la confesión de los pecados, mientras muchos jóvenes, alrededor del reclinatorio, esperan su turno.

Esta fotografía no es casual. Fue querida y preparada por Don Bosco con la intención de difundirla. Es un póster, un cartel, un mensaje. Con ella quería expresar, con una imagen, lo que había dicho y escrito con las palabras: “Está probado por la experiencia que el mejor apoyo de la juventud lo constituyen los sacramentos de la confesión y de la comunión. Dénme un chico que se acerque con frecuencia a estos sacramentos y lo verán crecer en su juventud, llegar a la edad madura y alcanzar, si Dios quiere, la más avanzada ancianidad con una conducta que servirá de ejemplo a cuantos le conozcan. Persuádanse los jóvenes de esto para ponerlo en práctica; compréndanlo cuantos trabajan en la educación de la juventud, para que lo puedan aconsejar”.¹⁵

Pero lo más original en él no es la insistencia para acercarse al sacramento, sino el haber sabido crear un ambiente educativo de reconciliación, por lo que había continuidad entre experiencia de vida y momento sacramental. En el Oratorio el joven se sentía acogido y estimado, en un ambiente de familia y confianza, estimulado a la comunicación e invitado a progresar, con relaciones que le provocaban a revisarse. Ésta se experimentaba antes de forma humana e inmediata. No pocas veces los jóvenes pasaban de la conversación amigable con Don Bosco en el patio al acto penitencial.

La Reconciliación, especialmente la extraordinaria, estaba rodeada de un clima festivo, según el estilo evangélico: la celebración eucarística, a la que seguía algo “especial” en el comedor, el tiempo de juego, la expresión musical y artística acompañaban y arropaban el perdón alcanzado. Los jóvenes podían contar con todas las condiciones favorables: tiempo, lugar, personas, invitaciones.

Precisamente en este contexto, se multiplicaron los salesianos confesores de jóvenes, que tuvieron tan gran influjo en los resultados vocacionales masculinos y femeninos.

Hoy asistimos a un triple fenómeno: el primero es el abandono por parte de la mayoría; el segundo es el uso rápido por parte de un cierto número; el tercero, positivo, es la demanda incluso de dirección espiritual por parte de un grupo, pequeño en número, pero a la búsqueda de calidad espiritual.

La respuesta a esta demanda diversificada consiste en recorrer con el grupo mayor el camino educativo; estar a disposición del segundo grupo para apoyar su esfuerzo aún imperfecto; y hacernos capaces también de guiar a los pocos que piden una asistencia más esmerada.

¹⁵ JUAN BOSCO, Vida del joven Domingo Savio, en Obras Fundamentales, BAC, Madrid, 1979, pp. 169-170.